

Un tercero en discordia

—¿Por dónde empezamos, D. Pepe?

—Por dónde V. quiera, D. Leoncio; pero eso sí, sin publicar la carta del Sr. Octavio.

—¿Por qué?

Hombre de Dios. ¿A V. se le ocurre que podemos publicar semejante sarta de sandeces?

—Claro que hay algunas cosas... Pero algo debemos decir.

—Déjeme recordar. El *amigo* Octavio dice que encuentra cosas acertadas en nuestro trabajo, pero que últimamente hemos bajado algo en nuestra agudeza y nos dice que podríamos ocuparnos, con un poco de humor, de algunos aspectos pintorescos en la vida de los negros. Y como una cosa genial nos brinda por ejemplo, la idea de que los simpáticos morenos tienen una enorme afición a mascar cacahuetes.

—¡Valiente idea, a fe mía, D. Pepe, para un artículo!

—¿Lo ve V. D. Leoncio? Lo que pasa es que el Sr. Octavio de nuestros pecados se pavonea de intelectual y es un solemne borrico de tomo y lomo.

—¡No lo tome tan a pecho, D. Pepe!

—¿Es que V. lo defiende?

—No, no es que lo defienda, pero debemos controlar nuestros nervios. Y yo creo que V. está un poco celoso cuando nos dice que le gustaría que yo le concediese una entrevista a él.

—Sí y le hablaré de los cacahuetes de los negros. Como si yo no le pudiera decir que a mí me gustan las castañas hervidas.

—¡Pero D. Pepe si no hay para tanto!

—Además, D. Leoncio, que estoy casi seguro de que no entiende nada de música ni de músicos.

—Recuerde D. Pepe que precisamente el Sr. Octavio dice que quisiera hablar extensamente sobre profesores de flauta locales.

—¡Caramba, pues es verdad! Pero si habla sobre este aspecto, le cedo las primicias periodísticas de nuestro nunca bastante alabado Sr. Octavio, pues por mi parte no quisiera tener enredos con nadie.

—Bueno, hagamos punto y aparte y miremos lo que debemos contestar oficialmente a nuestro comunicante.

—Pues, sencillamente. Que nosotros escribimos graciosamente en la Publicación *CLUB DE RITMO*—que quiere decir que escribimos de balde, para ser más claros,—y que, por tanto, somos nosotros los que escogemos el tema y que no admitimos la más mínima injerencia de un individuo que se pasa escribiendo una carta encontrando pegas en todo y *ca areando*.

—¡Hombre, D. Pepe, no le llame V. gallina!

—Bueno, pues, dejemos eso último. También podemos decirle que con mucho gusto V. le concederé esa entrevista que solicita y que.

—Ahora que recuerdo tengo cierto compromiso, D. Pepe. ¿Por esta vez, no podría ser V. el que se entrevistase con el Sr. Octavio y firmase la entrevista?

—Ya lo tengo, D. Leoncio. Hasta aquí V. lo ha encontrado todo muy bien, pero a la hora de la verdad teme enfrentarse con el complicado reportaje de las flautas. Pues bien, si V. ha firmado siempre nuestros trabajos y ha presumido con mis ideas, justo es que por esta vez cargue con el mochuelo. Conque ¡buena suerte y adiós!

Esta vez D. Pepe, cargado de razón, me ha mareado. ¿Cómo lo haré...? ¡Caramba, que idea más original se me ocurre! ¡Me he salvado! Al final de la entrevista con el Sr. Octavio pondré, como en las películas: «Esta historia es puramente original. Cualquier semejanza con profesores de flauta que hayan existido o existan actualmente, será mera coincidencia.»

LEONCIO GAITA

Django, aún vivo

Viene de la pág. 1

de la Segunda Guerra mundial, elogiaban todos al guitarrista gitano y se entusiasmaban a la idea de actuar en su compañía o de grabar unas ceras con él.

Django fué una de mis primeras admiraciones en materia de jazz. Guardo una cariñosa debilidad hacia sus discos porque cuando vuelvo a escucharlos me recuerdan mis primeros años de entusiasmo, los sombríos días de la ocupación alemana en Francia, cuando Django era de los pocos que seguían sosteniendo el pabellón de la música de jazz. Vuelvo a escuchar sus soli de guitarra, «Saint Louis Blues», «Improvisation», «Naguine», «Boucín' around», sus discos del Quinteto del Hot Club de Francia con el excelente Grappelly al violín, «Sweet Georgia Brown», «Swing 39», «Minor's Swing» y tantos otros que eran

—y son— pequeñas y frescas obras maestras de improvisación, de melodía jugosa, de ritmo sin fallas.

La influencia de Django sobre los demás guitarristas, europeos o americanos, es inconmensurable. Se puede decir, sin temor a equivocaciones, que existen los guitarristas de la época «antes de Django», y de la época «después de Django». En Estados Unidos, Charlie Christian, Irving Ashby, Les Paul y muchos otros tocan en un estilo que debe mucho al guitarrista francés. Solamente en estos últimos años los solistas más jóvenes influenciados por el estilo bop, se han alejado algo de la corriente creada por Django.

Pero, a pesar de las modas o de las escuelas, nadie puede negar que Django Reinhardt tiene una importancia considerable en la historia del jazz. Su portentosa facultad de improvisación, su sentido de la melodía, su incomparable talento de acompañante rítmico, hacen que los aficionados al jazz le guarden un cariñoso recuerdo y vuelven aún a tocar sus discos con una emoción quizá más intensa ahora, al saber que ya no está entre nosotros para darnos más muestras de su esplendoroso genio jazzístico.

¿Un buen regalo?...

Skin
GRANOLLERS

CLUB DE RITMO debe ser tu publicación de jazz favorita.